

injusticia ó crueldad mover tal pleito? Quereis celebrar un contrato, ó entablar algun negocio, y pedís parecer á muchos, os informais de quien está más instruido que vosotros, y tomáis bien vuestras medidas para que os sea útil y provechoso; mas ¿os informais y aconsejais de la ley? ¿os lo dá ella por lícito? ¿os lo permite? Quereis haceros alguna compensacion, quereis contraer alguna amistad ó matrimonio, quereis conseguir algun resarcimiento, ya respectivo á intereses, ya respectivo al honor; y la codicia, la altivez la inclinacion os dictan lo que ha de hacerse; pero en la ley ¿qué está escrito? ¿cómo leéis? Pues esta, católicos, debe ser nuestra única regla en toda nuestra vida, y solo á tenor de ella debemos resolver el sí ó el nó de cuanto queramos hacer ó no hacer. Bienaventurado, dice el real Profeta, el que día y noche tiene presente y medita la ley santa de Dios (PSALM. I, 1 ET 2). Él será como un árbol fructífero, plantado en la orilla de una corriente de agua fecunda y viva, que siempre frondoso y vestido de bellas hojas, producirá á su tiempo la inmarcesible fruta de una eterna vida, que os deseo.

LIBERTAD CRISTIANA.

Si vos Filius liberaverit, vere liberis eritis.

Si el Hijo os dá libertad, sereis verdaderamente libres.

(JOANN. VIII, 36.)

Los apóstoles, llenos de aquel espíritu divino que descendiera visiblemente sobre ellos, predicaron al mundo la verdadera libertad. Libertad de aquellos errores, que habian usurpado el trono de las verdades más importantes. Libertad de los vicios, que por muchos siglos dominaban con la capa de virtudes. Libertad de las pasiones, primero y verdadero origen del error y del delito. Al oír una libertad tan nueva, se conmueve el universo, y persigue á sangre y fuego sus santos predicadores. De allí á poco reflexiona, abraza el santo Evangelio, y con él la libertad verdadera, que es la de los hijos de Dios. ¿Qué

transformacion tan prodigiosa, hermanos míos! Al punto que la libertad evangélica es adoptada, resulta un nuevo orden de cosas. La idolatría quedó en el mundo arruinada, el verdadero Dios fué adorado, respetadas las leyes, refrenadas las pasiones, convertidos los príncipes en padres de sus respectivos pueblos, los pueblos sometidos á la potestad legítima, y todos los hombres se aman en espíritu y en verdad como otros tantos hermanos. Tales son los frutos dulcísimos que produce la libertad comprada por Jesucristo con su preciosísima sangre. Muchos escritores piden también libertad; pero ¿qué libertad? Ved cuales son sus efectos. La confusion, el desorden y la anarquía reinan donde ella llega á poner el pié. ¿Qué diferencia! La libertad evangélica hace á los pueblos tranquilos, sábios y felices. La filosófica los ciega, y los hace miserables é impíos. La primera tiene por base el santo temor de Dios, la observancia de la más sana moral, el amor al orden y la práctica de la virtud. La segunda solamente estriba en el desprecio de Dios, en la corrupcion del corazón y costumbres, en la destruccion del orden, y el odio á todo lo bueno. ¿Qué extraño es, pues, que unas libertades tan opuestas produzcan tan contrarios efectos?... Mas, á pesar de ver, oír y tocar esto con nuestras propias manos, aún hay quien quisiera ver reinar en todo el mundo la libertad filosófica. ¿Qué modo tan bello de vivir, dicen, qué sociedad tan dichosa sería la de este mundo, si todos fuésemos iguales y libres para hacer lo que nos acomodase! Pero, los que esto desean, ó son ciegos que no vén, ó impíos que no quieren ver. Para desengañar á los primeros, y confundir los segundos, voy á hablar esta mañana de la libertad cristiana. La cotejaremos, pues, con la de nuestros filósofos; y despues de examinada una y otra, decidireis cuál es la más razonable, cuál es la más conducente, y cuál debemos amar y abrazar para nuestra felicidad. Pidamos ántes la gracia que necesitamos. A. M.

1. Sereis verdaderamente libres, cuando el Hijo del hombre viniere á libertaros. Esta es una libertad real y verdadera. Luego, hay otra falsa y aparente. Sí, hermanos míos, hay una libertad, que es hija de la razon y de la verdad; y otra, que es hija de las pasiones y de la falsedad. La primera consiste en el orden: la segunda en el desorden. Dios nos ha criado libres; mas, no por esto nos ha hecho independientes. El hombre aislado, errante por entre bosques, que han fingido algunos filósofos, libre absolutamente para satisfacer sus deseos, es un sueño. Aún cuando tal hombre existiera, haria cuanto pudiese, mas no cuanto se le antojase, porque tropezaría á cada paso con una dependencia insuperable. El Señor nos crió libres para honrar y perfec-

cionar nuestra naturaleza; pero, al mismo tiempo nos crió dependientes, para que entendiésemos, que no puede haber verdadera libertad sin una sujeción ordenada y razonable. Esta es la causa por que tenemos tres leyes. La de Dios, que nos dirige; la de la necesidad, que nos arrastra; y la del pecado, que nos seduce. Observar la ley de Dios, adorar en la necesidad su Providencia, y resistir al pecado, es toda la perfección de la libertad humana. Sin estas leyes ¿qué sería la libertad de los hombres?... la libertad de los brutos, si pueden llamarse libres, no teniendo ley alguna. Desobedecer á Dios, blasfemar en la necesidad, de su adorable Providencia, y entregarse al pecado, es ser libre como se juzga el rebelde, cuando sacude el yugo de la autoridad que le sujeta.

Tanto nos ceba y encanta el nombre dulcísimo de *libertad*, que la confundimos fácilmente con la absoluta independencia. Casi siempre los hombres quedan engañados por su propia libertad. Nos parecemos á un joven, que fugado de la casa de sus padres, y corriendo errante de un lado á otro, sin saber hacia donde dirigirse, se juzga absolutamente libre; y porque anda enteramente extraviado, se jacta el necio de una especie de libertad que redobla el peso de sus cadenas. Abandonado de todo el mundo, incapaz de elegir algun prudente partido, descalzo, desnudo y acosado del hambre, se halla, por último, más esclavo que nunca. Cabalmente fué esta la libertad del Hijo pródigo, la cual le redujo á servir á un amo de muy mala condición, y á apeteecer comer bellotas para no morir de hambre. Mientras le duró el caudal, fué esclavo de sus pasiones, de sus vicios y de sus aduladores. Consumidas sus riquezas, vino naturalmente á parar en la otra esclavitud que nace de la miseria. Uno de los giros regulares de la divina Providencia es, hacer que la libertad de independencia se trueque inmediatamente en esclavitud de hierro, y en un yugo cruel.

Supongamos que hay un hombre tan libre, que condescienda con sus pasiones estragadas, cuanto permiten su robustez y sus fuerzas. ¿No le veis al instante obligado á esconderse para no ser conocido? Si quiere disimular ¿qué comedimiento en su conversacion! ¿cuánta cautela en sus pasos! ¿cuánto misterio en todo su exterior! El tema, el contratiempo, la sorpresa, el lance inesperado; y por necesidad tiene que valerse del fingimiento, de la mentira, del ardid, que son otras tantas cadenas que esclavizan su corazón. Si llega á perder absolutamente la vergüenza, y á no dársele nada de ser malo, el público, á quien ofende con su conducta, lo aborrece; las leyes, cuya justicia quebranta, lo persiguen; y así se vé obligado á huir de la gente honrada, y á vivir con unos hombres sin juicio y sin pundonor. Si la

colocación le hizo persona pública, aún es mayor su ignominia, porque su misma representación le va aumentando el desprecio; y habiendo en todas partes hombres que amen la virtud y leyes que castiguen los delitos, ¿dónde se refugiará este infeliz, que no sea aborrecido y castigado? Por más que él llame preocupación á la honradez y á ley, sus conciudadanos continuarán mirándolo como á un monstruo digno verdaderamente de horror y abominación. Acercaos á amonestarle y corregirlo. Su respuesta será, que no puede contenerse, que las pasiones son demasiado violentas, que en las circunstancias en que se halla no es dueño de sus acciones; en fin, que no tiene fuerzas para poder reprimirse. ¿Y esto es libertad? ¿y á esto se llama ser libre?... Más quiero yo ser esclavo y vivir en cautiverio, con tal que sea dueño de mi corazón, y pueda merecer el amor y aprecio de mi Señor.

La libertad que dominó en el mundo ántes de la venida de Cristo, fué esa mal llamada libertad. Los filósofos no acertaron á definirla: todos erraron su verdadera noción. Unos creían, que la libertad del hombre consistía en el goce de todos los placeres, sin exceptuar los más vergonzosos. Otros en la superioridad á las leyes, que, por otro lado, enseñaban debían ser observadas en público para salvar la decencia; pero, discurrid cómo podrían observar en ciertos lances las leyes que detestaba el corazón. Aquellos pensaban que serían libres, aborreciendo á todo el género humano: estos, pudiéndose quitar la vida cuando las cosas no sucedían á su gusto. Solo los estoicos, que colocaron la libertad en la sabiduría y en la virtud, se acercaron un poco á su verdadera idea; pero, fueron esclavos de su ambición y vanagloria, porque no se tuvieron ni por sábios ni por libres si les faltaban oyentes que les rindiesen aplausos.

Era necesario, pues, que el mismo Dios viniese á enseñar al hombre, en qué consiste su libertad verdadera: *Cum vos Filius liberaverit; tunc vere liberi eritis*. ¿Y en qué consiste? En conocer la verdad. Conoceréis la verdad, ella romperá las cadenas que os oprimen, y entonces sereis perfectísimamente libres: *Tunc cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos*. Ved aquí descubierta la única y verdadera libertad de los cristianos. Conocer la verdad, amar la verdad, y practicar la verdad. ¿Quién más libre que un verdadero cristiano, á quien toda la sociedad no puede echarle en cara vicio alguno? En el semblante lleva escrita su inocencia; y libre de sobresaltos porque le faltan delitos, se presenta en todas partes con una seguridad noble. Anda por donde quiere sin miedo, y habla cuando quiere sin empacho y sin rubor. Si á su virtud se le juntan los talen-

tos, se lleva el aprecio y los honores del público, la estimación de los grandes, el respeto de los pueblos y el amor de los sábios! Todo es orden en su corazón: en su espíritu toda tranquilidad y justicia. Las pasiones obedecen á la voluntad de este hombre, la voluntad á la razón, y la razón á su Dios. Con tan dulce libertad, mira postrada á sus piés la vicisitud humana: tan libre se considera en la prisión; como en el trono. Resignado en los trabajos, moderado en los placeres, sobrio en la prosperidad, y en la humillación magnánimo, solo atiende á su Dios, y jamás reconoce otro tirano que el desorden ó la culpa. En él ven los superiores un súbdito ingenuo y fiel: sus compañeros un corazón generoso; y todo el mundo un hombre siempre igual, sabio y virtuoso!

Si esta no es la libertad verdadera, ¿cuál es?... Solo el Evangelio, que es el único que nos dá á conocer la verdad, puede suministrarnos esta perfectísima libertad. La libertad cristiana no tiene otro principio ni otro espíritu que la verdadera caridad. Donde ésta domina, no hay libertad más que para obrar bien. ¡Dichosa sociedad aquella, en que no tiene cabida la libertad de obrar mal, y donde solamente se admite la libertad de obrar bien! Dadme un pueblo, una nación, un imperio, donde sea observado con fidelidad el Evangelio, y vereis al soberano establecer leyes suaves para gobernar sus pueblos, amar á sus súbditos como si fueran sus hijos, y no meditar más que en acrecentar su bien: vereis los pueblos amando de corazón á la autoridad legítima, y obedecer al soberano como si fuera su Dios. ¡Oh libertad evangélica! tú formas principios buenos, leyes suavisimas y dulces, súbditos fieles y dóciles; y dónde tú estás, allí está la recta administración de justicia, la pública seguridad, el socorro de los pobres, y el amor hasta de los mismos enemigos: allí hay paz en las familias, fidelidad en los tratos, seguridad en la posesión, libertad en las resoluciones honestas, y protección y amparo en todos los infortunios.

Muy bien, direis; pero ¿cómo podemos ser libres bajo el peso de tantas leyes y preceptos como intima el Evangelio? ¡Ah, hijos míos! ¿hemos perdido por ventura las ideas de lo verdadero y de lo honesto? Una cosa es dirigir la libertad, y otra destruirla ó aniquilarla. Para la libertad de un cristiano son las leyes evangélicas lo mismo que las plumas para los pájaros. En la apariencia, un peso que los oprime y abruma: en la realidad, un resorte de libertad, de expedición, de agilidad. Levantar márgenes para contener el extravío de un río, no es impedir su corriente; antes bien con ellas corre con más libertad y sosiego. Del mismo modo, someter la libertad del hombre á ciertas leyes, para impedir que degenera en desenfreno, no es des-

truir, no ligarla ni minorarla, sino enderezarla y dirigirla. La extravían, la destruyen y aniquilan aquellos que la desvían y apartan de su fin natural, que es la subordinación á Dios.

2. Examinemos ahora la libertad que predicán los filósofos de nuestro siglo. Ellos se nos presentan, no con una libertad humilde, tímida y reservada, sino con una libertad atrevida, audaz, temeraria y franca para cualquier cosa. La pobreza es madre de una libertad, y la abundancia de otra. Los frutos de la primera son unos pecados que se cometen con miedo y con servidumbre. Si un pobre comete un robo, todo su afán es ocultar el delito, teme ser descubierto, no se contempla con valor para sufrir el bochorno; y así se juzga dichoso, si logra que no se sepa su crimen. Al contrario son los frutos de la segunda. No se contenta sino con delitos grandes, de aquellos que meten ruido: ama ser la espectación pública; y á costa de la audacia y arrogancia, va buscando admiraciones. El conquistador que usurpa reinos, no se contenta con que lo toleren, quiere, además, ser aplaudido; y esta es la execrable iniquidad que, según el Salmista, produce la libertad que nace de la abundancia: *Prodiit quasi ex adipe iniquitās eorum*. Esto la basta para ser madre fecunda de crímenes ostentosos. Tal es cabalmente la libertad con que convidan los filósofos. Con ella hicieron fortuna. Escribieron libros atrevidos, los esparcieron por el mundo, fueron leídos con placer, sus máximas abrazadas con el mayor entusiasmo, y sus autores admirados del ignorante é imitados del libertino. Se vieron en auge, porque fueron halagados de los grandes, admitidos por los gobiernos al manejo de los negocios públicos, adulados por los sábios, tenidos por príncipes de la literatura, y celebrados hasta de las mismas damas, que se preciaron de discretas, de sabias y eruditas. Gozando de tanta prosperidad, dijo entre sí esta secta filosófica: Yo dominaré: tiempo es ya de romper las cadenas, que por tantos siglos han esclavizado al mundo; tremolemos en él el estandarte de la libertad, y vengan todas las naciones á descansar á su sombra. La que no ceda á nuestra persuasión, cederá á la fuerza. No tengan los hombres otro Dios, otro altar, ni otro culto, que el de la libertad. Pero ¿qué libertad?

Libertad de pensar: libertad de hablar: libertad de escribir: libertad de obrar conforme sugieran las ideas más erradas y las pasiones más violentas. Libertad de religión y moral: libertad de leyes y soberanos: libertad de remordimientos y obstáculos para obrar mal: libertad, en fin, de cualquiera dependencia y subordinación. Así, dicen los filósofos, serán todos los hombres libres, y al mismo tiempo felices. Pero, vamos un poquito despacio, señores filósofos. Si vosotros

teneis libertad de perseguirme, porque no asiento á vuestras opiniones é intereses, no podeis negarme á mí la de hacer otro tanto con vosotros. De este modo todos seremos igualmente libres para dominarnos y dañarnos mutuamente. De consiguiente, es necesario estar siempre alerta, defender ú ofender, y pasar la vida entre el bárbaro placer de oprimir al semejante, y el amargo temor de ser oprimido. ¿Y á esto llamais libertad? ¿Y teneis valor para prometer que con esto vivirán tranquilas y serán felices las corporaciones, que componen la sociedad? ¿No veis, que en lugar de formar en ellas una union de ciudadanos, formais una manada de fieras? Vamos con serenidad y sin preocupacion. Vosotros pretendéis, que los hombres sean libres, y sentais por base una libertad sin Dios y sin religion. No hay atajo más breve para esclavizar al hombre, ó convertirlo en tirano, segun fuere su fuerza ó debilidad. Por lo ménos es evidente, que nadie podia estar seguro del otro. Es verdad, que prometeis leyes públicas, las cuales alguna vez contendrian los desórdenes públicos; pero, si no hay religion, ¿quién impedirá los pecados secretos de los hombres? En secreto se empiezan á formar los más grandes malhechores. Vosotros quereis que el hombre esté libre de toda soberanía, ó por mejor decir, quereis que seamos todos soberanos. Pero ¿á qué horrores, á qué maldades, á qué confusion no abris la puerta con esta soberanía quimérica? Siendo cada uno un soberano, teniendo vivas cada uno las pasiones, y no habiendo religion, ¿qué delito habrá que deje de cometerse? Dad á un pueblo, á una nacion esta libertad homicida, y la vereis correr al precipicio como el caballo brioso escapado de la cuadra, que corre desbocado.

¿Y á un pueblo tan infeliz llamais libre? ¡Ah! si fueseis capaces de una candidez ingénua, ó de una franqueza honrada y generosa, bien sé lo que me diriais; mas yo diré lo que vosotros no os atreveis á decir de pura vergüenza. Esta vuestra libertad nace del espíritu de ambicion, de soberbia y orgullo que os domina. Vosotros engañais á los incautos, dándoles por libertad un fantasma: decís que todos son libres, y en realidad, vosotros os haceis los dueños del universo. Bien veis que no hablo por antojo. En cuantas partes os habeis introducido, habeis obligado á todos á pensar como vosotros: os alzais con las riquezas, con el honor y la vida. Cualquiera que os contradiga, es reo de muerte: convenir con vuestro sistema, es lo mismo que firmar la escritura de esclavitud y despojo. ¡Dios inmortal! ¿qué especie de libertad es esta? Libertad efectivamente nueva; libertad no conocida en el mundo en los siglos anteriores, de la cual solo se dejaron ver algunos vestigios en donde reinaron mónstruos.

Pero, observemos brevemente los efectos que ha producido esta libertad filosófica, donde ha sido escuchada y admitida. Lo mismo fué oír su nombre, que corrieron á abrazarla los incautos, y más velozmente los malignos. Todos se creyeron libres con ella: todos filósofos, porque se creyeron exentos de sujecion y respeto. ¿Y cuáles fueron las resultas? Trocar desde aquel instante los nombres al vicio y á la virtud. El colmo de la avaricia, lo sumo de la sensualidad, las quiquillas del orgullo, la persecucion del bueno, el aplauso del impio... todo fué calificado de virtud. Llamaron virtudes patrióticas á las iniquidades más enormes; y creyeron que el no prestarse á la maldad más horrenda, era un delito de muerte. Quedó arruinada á un lado la justicia, la anarquía voló en triunfo, el hombre de bien perdió su seguridad, se aumentaron los homicidios, los tronos fueron por tierra, y las manos de los impios se tiñeron en la sangre de los ungidos del Señor. El sábio, el ciudadano pacífico, fué esclavo de los inicuos; y los inicuos esclavos de su furor é impiedad.

¡Oh! hombres que anhelais por veros libres con semejante libertad; marchad con ella á los montes y desiertos, entregadla á los leones y los tigres. Tal vez éstos os mostrarán en su brutal instinto una libertad ménos funesta que la vuestra. A lo ménos vereis, que viven seguros los tigres entre los tigres, y los leones entre los leones; beneficio que el hombre no puede lograr viviendo entre vosotros, que os llamais filósofos por excelencia. Comparad ahora, hijos míos, la libertad filosófica con la libertad cristiana: la libertad de los hijos de Belial con la de los hijos de Dios, y decidme: ¿cuál de las dos es la mejor para vuestra felicidad? ¿La que, amando el orden, la paz y la justicia, no persuade más que el bien; ó la que, introduciendo el desorden, la confusion, la anarquía, solo está pronta para ejecutar el mal? ¿Podríais deteneros un momento en decidir cuál debe ser preferida? ¡Oh! abracemos de corazon la cristiana, y levantemos las manos puras al cielo para que nos preserve de la filosófica. Seamos libres con aquella libertad que nos dió nuestro Señor Jesucristo: *Qua libertate Christus nos liberavit*. Seamos libres; pero seámoslo como cristianos y como hijos de Dios. Seamos libres para obrar bien, hasta que consigamos aquella libertad eterna, en que dejaremos de ser libres para obrar mal. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

LIBERTAD.—Cuando somos tímidos, debemos elegir un estado en que tengamos la libertad de obrar bien.

Cuando somos extraordinariamente frágiles, debemos evitar los lugares donde tengamos la libertad de obrar mal.

LIBERTAD.—Las virtudes de las personas honradas nunca son más débiles, que cuando se les deja vivir con libertad.

Los vicios de los hombres malos nunca son más escandalosos, que cuando se les deja vivir con libertad.

LIBERTAD.—Cuando se nos obliga á obrar bien, debemos temer la libertad que tenemos de consentir en el mal.

Cuando se nos obliga á obrar mal, debemos amar la libertad de que gozamos para permanecer firmes en el bien.

LIBERTAD.—Al parecer, los pecadores no son libres más que para negar á Dios lo que le deberían conceder.

Al parecer, los pecadores no son libres más que para conceder á sus pasiones lo que les deberían negar.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Vir vanus in superbiam erigitur, et tanquam pullum onagri se liberum natum putat. Job. xi, 12.

Ante hominem vita et mors, bonum et malum: quod placuerit ei, dabitur illi. Eccli. xv, 18.

Beatus vir... qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit. Id. xxxi, 10.

Si vos manseritis in sermone meo, vere discipuli mei eritis; et cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos. Joann. viii, 31.

Si ergo vos Filius liberaverit, verè liberi eritis. Id. ibid. 36.

Liberati autem à peccato,

El hombre nécio se engríe con altanería; y se cree nacido para no tener freno, como el pollino del asno montés.

Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que escogiere, le será dado.

Bienaventurado el hombre... que podía pecar, y no pecó, hacer mal, y no le hizo.

Si perseveráreis en mi doctrina, sereis verdaderamente discípulos míos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Luego, si el Hijo os dá libertad, sereis verdaderamente libres.

Con lo que libertados de la es-

servi facti estis justitiæ. Rom. vi. 18.

Lex enim spiritus vitæ in Christo Jesu liberavit me à lege peccati et mortis. Id. viii, 2.

Ubi spiritus Domini, ibi libertas. II Cor. iii, 17.

Vos enim in libertatem vocati estis, fratres; tantum nelibertatem in occasionem detis carnis, sed per charitatem Spiritus servite invicem. Galat. v, 13.

Qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus, sed factor operis; hic beatus in facto suo erit. Jacob. i, 25.

Sic est voluntas Dei, ut beneficientes obmutescere faciat imprudentium hominum ignorantiam: quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitiæ libertatem, sed sicut servi Dei. I Pert. ii, 15, 16.

Superba enim vanitatis loquentes, pelliciunt in desideriis carnis luxuriæ eos, qui paululum effugiunt, qui in errore conversantur: libertatem illis promittentes, cum ipsi servi sint corruptionis. II Pert. ii, 18.

clavitud del pecado, habeis venido á ser siervos de la justicia ó santidad.

Porque la ley del espíritu de vida que está en Cristo Jesús me ha libertado de la ley del pecado y de la muerte.

Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad.

Porque vosotros, hermanos míos, sois llamados á un estado de libertad: cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne, pero sed siervos unos de otros por un amor espiritual.

Mas quien contemplare atentamente la ley perfecta del Evangelio, que es la de la libertad, y perseverare en ella, no haciéndose oyente olvidadizo, sino ejecutor de la obra; éste será por su hecho á obras bienaventurado.

Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien tapeis la boca á la ignorancia de los hombres nécios é insensatos: como libres, sí, mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sinó obrando en todo como siervos de Dios, esto es, por amor.

Porque profiriendo discursos pomposos llenos de vanidad, atraen con el cebo de apetitos carnales de lujuria, á los que poco ántes habían huido de la compañía de los que profesan el error: prometiendo libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Ille in quavis conditione servitii liber est, qui amore non capitur, avaritiæ vinculis non tenetur; metu criminis non alligatur; qui securus expectat præsentia; quem non terrent futura. S. Ambr. de S. Joseph.

Est sapienti servire libertas; ex quo colligitur quod stulto imperare servitus est. S. Hieron. in ep. ad Simplic.

Bonus, etiam si servit, liber est; malus autem, etsi regnet, servus est, nec est unius hominis; sed quod gravius est, tot dominorum, quod viciorum. S. Aug. lib. 4 de civ. Dei.

Quem delectat vera libertas, ab amore rerum mutabilium liber esse appetat: et quem regnare delectat, uni omnium regnatori Deo subjectus sit, plus eum diligendo, quam semetipsum. Idem, de vera Relig.

Prima libertas voluntatis erat, posse non peccare, novissima erit multo magis non posse peccare... Prima erat perseverantiæ potestas, bonum posse non deserere; novissima erit perseverantiæ felicitas, bonum non posse deserere. Idem, de correct. et gratia.

En cualquier estado de servidumbre será libre el hombre, que no se deje seducir por un amor profano, ni por el cebo de las riquezas; pues no sirve por miedo al pecado el que pasa con segura resignación lo presente, y no teme lo futuro.

Por lo mismo que es libertad el servir á un varón prudente; puede decirse que es esclavitud el mandar á un necio.

El hombre de bien es libre, aunque sirva á otros; pero el hombre malo, aún cuando obtenga mando, es esclavo, y no de un señor solo, sinó, lo que es peor, de tantos señores, cuantos son los vicios que le dominan.

El que se complace en tener libertad verdadera, debe desasirse del amor á las cosas perecederas; y el que desee reinar, debe someterse á Dios único rey de todo lo criado, amándole más que á sí propio.

La condición primera de nuestra libertad consistió en que podíamos no pecar; la última (en el cielo) consistirá en que no podremos pecar... Aquella nos concedía la facultad de la perseverancia, esto es, la facultad de no apartarnos del bien; mas la felicidad ó fruto de la perseverancia, consistirá en la imposibilidad de apartarnos jamás del bien.

Liber est æstimandus, qui nulli turpitudini servit. S. Bernard. de libero arbitrio. El que no es esclavo de ninguna pasión, es verdaderamente libre.

LIBROS.

I.

Legite librum istum.
Leed este libro.

(BARUCH. I, 14.)

Los apóstoles, para convertir á las naciones, les entregaron un libro, que, pasando de mano en mano, ablandó sus corazones. Este libro admirable era el Crucificado. ¿Quién podía pensar, hijos míos, que del estudio de un Crucificado había de depender la sabiduría de los filósofos, la política de los monarcas, y la felicidad de todo el género humano? ¿Que cuando Roma, hecha señora del mundo, no respiraba más que grandeza y victorias; cuando las escuelas de Grecia solamente aplaudían los escritos de Epicuro y Zenon, entónces, al descubrirse este libro, había de desbaratarse de repente la gran máquina que tenían construida las pasiones? ¿Que al orgullo de los filósofos había de sustituir la humildad de los cristianos, la afabilidad y mansedumbre al despotismo de los grandes, y la pureza y santidad de las costumbres á la corrupción envejecida de los pueblos?... Y ¡ojalá, que el universo hubiera quedado para siempre en posesión de este divino volumen! Entónces, no tendría la Iglesia que llorar tantas y tan dolorosas pérdidas, ni el mundo tantos horrores que lo trastornan; y nosotros, gozando de una paz bella, seríamos felices adoradores del verdadero Dios en espíritu y en verdad. Veneramos, Señor, vuestros juicios. Permitisteis que hubiese en todos tiempos escritores malvados, que impugnasen el libro del Crucificado: su multitud ha llegado á tal extremo, que vos solo podeis extirparlos. Toda Europa cuenta hoy por millares los discípulos perversísimos de Celso y de Porfirio: toda Europa está inundada de libros que atacan la religión y la moral de Jesucristo: toda Europa fermenta, y al parecer está muy próxima á ser rebelde á su Dios; pero, estoy seguro, hermanos míos, que